

CONTESTACIÓN AL DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL EXCMO. SR. D. MANUEL GONZÁLEZ
JIMÉNEZ EN EL ACTO DE SU TOMA DE
POSESIÓN COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

Por JOSÉ LUIS COMELLAS GARCÍA-LLERA

Siempre es un motivo de sincera, profunda, renovada satisfacción, poder recibir en el seno de nuestra Academia a un nuevo miembro de número. Esta vieja institución, a lo largo de los dos siglos y medio de su historia, se ha ido renovando paso a paso, generación a generación, para ir adquiriendo sangre nueva y espíritus nuevos, sin perder por ello, en virtud de su raigambre, de sus reglamentos, de la seriedad de sus responsables, un ápice de su intención y su espíritu fundacional; esa intención y ese espíritu que ha recordado, al comienzo de su discurso, el nuevo académico. Los tiempos y los hombres cambiamos, lo fundamental permanece, y al mismo tiempo que permanece se renueva, porque es ley de vida renovarse o morir; y un símbolo de esta permanencia y de esta renovación es la lenta, progresiva, bien pensada sustitución de los que ya han pasado por los que vienen, con el fin de que la vida académica se prolongue más allá de nosotros mismos en la aventura, siempre vieja y siempre nueva, de nuestro tránsito por el camino a través del sucederse de las hojas del calendario y de las páginas de la historia.

Pero si es un motivo de alegría para todos el ingreso de un nuevo académico, más tiene que serlo para quien os habla el de un muy querido compañero, que fue en otro tiempo alumno de la entonces Facultad de Filosofía y Letras, hoy

Facultad de Geografía e Historia, de nuestra Universidad Hispalense. Debe ser un signo de la capacidad de superación de nuestros alumnos, y también, cómo no, del paso de los años por la piel de este viejo profesor, el hecho de que varios académicos de esta casa hayan sido alumnos míos: uno de ellos, por cierto, y permítaseme recordarlo tan siquiera en un inciso, fallecido trágicamente hace no muchas semanas, y cuyo nombre sigue golpeando una y otra vez en mi ya larga memoria de universitario. Pero retornando al tema que me ha traído aquí este día, constituye un hecho que no puede entrañar para mí sino una suerte de orgullo socrático, el ser consciente de cómo los discípulos igualan y superan al maestro: como ya lo han superado varios de ellos, pues que la vida ha de ser continua superación. Y, cómo no, igualmente debo manifestar mi agradecimiento y alegría ante el hecho de que por decisión de nuestro Director y, lo sé también, por deseo personal del interesado, me haya correspondido pronunciar la contestación reglamentaria al discurso de D. Manuel González Jiménez en este día tan importante para él, y para nuestra propia Academia. Una contestación que debe ser, además del acostumbrado, breve comentario a su discurso, bienvenida al nuevo académico, y presentación de su persona y de sus méritos ante esta Corporación. Es cierto que todos los miembros que, obra de madurada elección, ingresan en esta casa no necesitan presentación alguna, y que precisamente por esa no necesidad de una presentación han sido elegidos; pero la contestación a un discurso permite una glosa más personal, más amigable, más profundamente humana de un académico a quien todos, de una manera u otra, ya conocemos por su autoridad y sus méritos profesionales.

Conocí a Manuel González Jiménez en el curso 1965-66, para mí el tercero de mi vida sevillana, para él el último de su carrera. Se me aparecía entonces como un muchacho serio, reposado, dotado de una excelente y bien organizada cabeza que le permitía ir siempre a lo fundamental, y por ende -algo que por desgracia no es tan frecuente entre los estudiantes- distinguir con facilidad innata lo fundamental de lo accesorio. No era de los que buscan un protagonismo innecesario, ni de

los que interrumpen una clase por razones nimias; pero todas sus intervenciones, no frecuentes, siempre oportunas, resultaban estar bien pensadas, eran observaciones de peso que recaían invariablemente en el centro de la cuestión. Por ello, disfruté también leyendo sus exámenes, limpiamente redactados, sin una palabra de más ni una de menos. Resultaba así un alumno sólido, macizo -macizo en el sentido de que no se encontraban huecos en su discurso-, y diríase que brillante, si no fuera por su no menos innata sencillez, por su saber huir de lo retórico y de lo innecesariamente decorado: pero que poseía una inteligente facultad que le hacía capaz de lucir sus conocimientos con una claridad y un orden tan precisos como si llevase un guión escrito en la cabeza. Cualidades, intuitas en un primer momento de contacto, que no han hecho sino confirmarse a lo largo de treinta y tres años de convivencia universitaria.

Luego supe que había nacido en Carmona, una ciudad que no llegué a conocer en toda su rica y atractiva personalidad, hasta que un día Manuel González, poco después de su licenciatura, me llevó a sus rincones más encantadores, me enriqueció con detalles de una milenaria historia que sólo el afincamiento en el terruño y el cariño pueden captar en toda la riqueza de sus matices; me hizo conocer la belleza de sus monumentos y los más significativos rasgos de su pasado. Nunca llegué a saber, en cambio, quizá porque a él mismo le cuesta medirlo también, hasta qué grado la vivencia de Carmona y sus larguísimos recuerdos le impulsaron a estudiar historia, y una vez historiador, le empujaron a ese delicioso rincón del espacio y del tiempo que es la Andalucía occidental y cristiana de la Baja Edad Media. Si Carmona y las circunstancias de la vida le llevaron por un camino que él en un principio, según me ha dicho, no podía prever, los resultados están a la vista, porque hoy Manuel González es una primerísima autoridad, reconocida en dos continentes, sobre temas andaluces, y especialmente bajoandaluces, de los siglos XIII, XIV y XV.

Licenciado en Filosofía y Letras en 1966, se graduó al año siguiente con el Premio Extraordinario de Licenciatura, y se

doctoró en 1972, con una tesis que le valió igualmente el Premio Extraordinario de Doctorado. Su brillantísimo expediente universitario no dejó de obligarle por eso a recorrer todos los pasos de un largo camino hasta su feliz conclusión en los más altos grados del honor académico: Ayudante de Clases Prácticas (1966-69), Profesor Adjunto Interino (1969-74), Profesor Adjunto Numerario después de brillante oposición (1975-77), y también por oposición Profesor Agregado de Universidad. Era la plaza en juego la de La Laguna, y en Canarias permaneció Manuel González el curso 1977-78, durante el cual realizó una meritoria labor plasmada en los buenos recuerdos que dejó su paso por aquella universidad isleña, y unos amigos que aún siguen tratándole con cariño y respeto.

En 1978 regresó a Sevilla, y en 1979 accedió a la Cátedra de Historia Medieval, que hoy sigue desempeñando. Aquel mismo año fue elegido Director del Departamento de Historia Medieval, para el cual fue reelegido en 1988, en 1993 y en 1997 : una continuidad que es buen espejo de su prestigio profesional y de su saber hacer. En 1981 fue nombrado vicerrector de nuestra Universidad, cargo que desempeñó con inteligencia y eficacia, pero también con esa sencillez elegante y esa accesibilidad de que ha hecho gala siempre. Y con la misma elegancia con que aceptó y desempeñó el puesto, terminado el periodo de su mandato, se reintegró a las tareas habituales del Departamento y de la Cátedra, en una labor docente e investigadora que a lo largo de los años ha sido reconocida y agradecida por todos. Porque, permitidme que os lo diga también, el acierto de Manuel González Jiménez en la gestión, en la docencia y en la dirección de trabajos de investigación, suscita no solo reconocimiento sino un sentimiento especial de gratitud. Así es el profesor que da, que entrega, que regala, el fruto de su estudio y de su saber con generosidad a manos llenas, sin exigir nada a cambio.

De su tarea como historiador de primera línea de la Sevilla bajomedieval da fe el premio "Ciudad de Sevilla" que le fue otorgado en 1984. También recibió el premio ofrecido por la Diputación a través de "Archivo Hispalense", el Premio "Jesús

de las Cuevas” del Instituto de Estudios Gaditanos, y otros galardones que prueban la extensión de sus estudios a diversos escenarios de Andalucía Occidental. Pero también pueden dar buen testimonio de su trabajo los nuevos profesores medievalistas que han salido de su cátedra, los nuevos maestros que cubren hoy puestos en centros de enseñanza y de investigación, prolongando, más allá de su persona, las lecciones que un día recibieron.

Y es que la obra realizada a lo largo de su vida académica por Manuel González Jiménez no tiene fácil parangón: y el hecho de que no exagero podría quedar demostrado si se me permitiera proceder aquí tan solo a la lectura del título de las obras que tiene publicadas, lectura que, si no fallan mis cálculos, duraría treinta y cinco minutos, el doble del tiempo que me ha sido asignado. Libros, capítulos en grandes colecciones, obras en colaboración, monografías, artículos de revista, ponencias y comunicaciones a congresos nacionales e internacionales, notas diversas en publicaciones científicas, ediciones críticas..... Un ingente volumen de trabajo se extiende sobre los más diversos temas -Reconquista, repoblación, historia de ciudades, municipios y señoríos, instituciones y regimientos, problemas sociales y económicos, guerras internas, convivencias y disidencias entre religiones y culturas- y los más diversos escenarios, comenzando por la Carmona natal, y extendiéndose largamente a Sevilla, y más tarde a su comarca, a todo el Bajo Guadalquivir, a Cádiz y la conflictiva región del Estrecho, a la Alta Andalucía cristiana, para terminar en la conquista de Granada, como culminación de un proceso secular que abre las puertas, con aires de nueva amanecida, a los tiempos modernos.

Manuel González Jiménez, como maestro entre los medievalistas, domina esa técnica que requiere el estudio de una edad enorme y delicada, en que cada dato, cada documento, cada letra de cada palabra de cada documento puede adquirir de pronto un valor incalculable, pero que no ha de aceptarse incondicionalmente a pies juntillas si de antemano no se ha examinado la autenticidad de la fuente, si no se ha sometido el último detalle al escalpelo y al bisturí de

la crítica, que han de ser manejados con la precisión y la delicadeza del cirujano para hacer de ellos un instrumento útil de descubrimiento y de constatación. Y ha de recomponer luego todas las piezas, todas las teselas sueltas de un inmenso mosaico que solo cuando ha sido posible colocarlas en orden se nos ofrecen en su pleno sentido, y suponen un nuevo, tal vez decisivo, fognazo que se añade a la luz de la Historia.

De esta manera, el estudio exhaustivo de las fuentes, su crítica rigurosa, la capacidad para obtener fruto de documentos de toda índole, la excelente construcción o reconstrucción historiográfica del tema elegido, y por último, pero no menos importante, la claridad y amenidad de la lectura, han hecho de Manuel González Jiménez una de las primeras autoridades, si no la primera, del actual medievalismo andaluz, y le han deparado un prestigio internacional, que queda demostrado por su presencia en instituciones medievalistas de España, Portugal, Estados Unidos o Argentina. Manuel González es asimismo miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Academia Portuguesa de la Historia y de la Real Academia de Alfonso X el Sabio de Murcia : un nombre, este de Alfonso X, tan ligado a su labor y que hoy ha querido recordarnos expresamente en su discurso.

Obra ingente, decía hace unos instantes. Si queremos numerarla, porque la de numerar es tarea más rápida que la de enumerar, nos encontramos, a la hora de repasar sus publicaciones, con un elenco de nada menos que doscientos setenta títulos: una cifra que nos llena primero de perplejidad y enseguida de admiración, cuando no de noble envidia. Y de esos doscientos setenta títulos, las tres cuartas partes corresponden a trabajos de investigación realizados con posterioridad a 1979, es decir, al logro de su condición de catedrático universitario. ¿Dónde están los motivos de esa leyenda, que tantas veces hemos tenido que soportar, según la cual un catedrático es un exinvestigador?. ¿Dónde está la de que la mayoría de los trabajos se realizan con el fin de hacer méritos ante la perspectiva de un concurso o una oposición?. A Manuel González su conquistada cátedra le ha impulsado a trabajar con más ahínco que nunca. Y algo más increíble todavía:

la mitad de ese número asombroso de publicaciones han visto la luz en la última década, 1990-1999. He aquí un hombre que trabaja cada vez más intensamente; no solo con más experiencia investigadora y con más inteligente factura, que son cualidades que se decantan con el paso de los años, sino con más entusiasmo, con más incansable afán. ¿Qué duda cabe de que podemos esperar todavía mucho más?. Lo cierto es que tenemos que agradecerle tantos pasos importantes, algunos decisivos, en el conocimiento de tres siglos de historia andaluza en general y sevillana en particular. Últimamente, dos obras maestras, la segunda versión, cuidadosamente revisada, de su biografía de Alfonso X, un libro informado como pocos y al mismo tiempo de gratisima lectura, y la edición crítica de la *Crónica General* del gran monarca, alarde de erudición y de paciente análisis del contenido, son el broche alfonsino de muchos años de trabajo sobre la figura del Rey Sabio, al que desde la lectura del discurso del nuevo académico podemos conocer y valorar todavía con más fundamento.

Sigo conociendo a Manuel González Jiménez, después de treinta y tres años de convivencia universitaria. En mi reconocimiento interior continúa siendo el mismo hombre sereno e inteligentemente equilibrado que conocí cuando era alumno; entero y enterizo, como fabricado de una pieza, pero al mismo tiempo sensible, abierto y cordial. Ha mantenido con fidelidad su genio y figura, entonces maduro como estudiante, hoy todavía juvenil y activo como gran maestro de quienes necesitan de su saber o de su consejo. Pero Manuel González, profundamente humano, gusta también de la familia, de los amigos, de la naturaleza, del arte, y muy especialmente de la música, que es la principal de sus aficiones; el divino arte de la música, cuya sublime vivencia tantos de los que estamos aquí compartimos: una música que Manuel González conoce con fina sensibilidad, que interpreta, que escucha con placer, y quizá sobre todo que vive intensamente, o, como a tantos, le ayuda a vivir. ¿Y su músico preferido? ¡Qué otro podía ser sino Juan Sebastián Bach, maestro del equilibrio, de la lógica perfecta, de la sabia disposición de unas cosas con otras, de la armonía universal, disciplinada y gozosamente

sumergida en las reglas de la razón suprema! Cuando un día Manuel González me reveló cuál era su compositor favorito, creo que le comprendí mejor que nunca.

Hoy nos ha deleitado con un espléndido discurso, brillante, preciso, sin adornos innecesarios pero con todos los elementos útiles al caso, sobre una figura que le ha atraído siempre, desde sus primeros momentos de investigador hasta las últimas obras a que acabo de aludir, aparecidas hace pocas semanas. Alfonso X fue un rey sevillano, si no de nacimiento, que no pudo serlo, sí de devoción, de vivencia, de cultura y de muerte. Nos ha presentado el profesor González Jiménez un Alfonso X enamorado de Sevilla, y de todo lo sevillano; por su alta sensibilidad artística, pero también por respeto a la ciudad de sus amores, hizo lo que pocos monarcas de su tiempo hubieran sido capaces de hacer: conservar y hacer conservar todos los recuerdos del pasado sevillano. ¿Cuántas veces, aun en tiempos no muy lejanos, se rompió con el pasado por ser pasado, y más aún si se trataba de un pasado enemigo y vencido? Pues Alfonso X ordenó conservar todos los edificios de Sevilla, e impidió que sus antiguos moradores se llevaran ni una piedra, ni una teja, porque el alma de una ciudad se encierra en su historia, es lo que es y lo que fue. Sin ir más lejos, ¿no es verdad que queda fuera de nuestra capacidad de imaginación figurarnos una Sevilla sin su Giralda?. Cómo tenemos que agradecer al hijo del conquistador que impidiera derribar la torre por obra de aquellos que ya no podían servirse de ella para anunciar la llamada a la oración. Y gracias a su expreso mandato de conservar sin mengua todas las Sevillas anteriores, Alfonso X nos ha legado una ciudad que posee el don de ser muchas ciudades al mismo tiempo, y encuentra en su propia multiplicidad unificada por un no sabemos qué, lo sevillano, la gracia de todos los siglos y de todas las culturas.

Y Alfonso X fue, en cierto modo, el primer monarca medieval que tuvo una corte habitual, justamente, y por muchos años, en Sevilla, de suerte que, sin desdoro del viejo Toledo imperial, puede figurar nuestra ciudad como la primera corte semipermanente y cumplidamente organizada de Castilla, en

una época en que era frecuente que el monarca se desplazara de una ciudad a otra. Repobló, legisló, coordinó, montó un ordenamiento municipal que iba a ser modelo más tarde para todas las ciudades del reino. Pero don Alfonso fue al mismo tiempo un hombre que se ocupó del saber, ese saber multifacético que fue, todos lo reconocemos, el adorno supremo de su memoria, más que el gobierno o la política. Y he aquí que Sevilla no solo compartió con Toledo la condición de capital cultural de España, sino que Manuel González Jiménez nos ha demostrado que aquí compuso o hizo componer muchas de sus obras supuestamente toledanas. De este modo ha dejado más claros los motivos de ese amor mutuo entre Alfonso X y Sevilla, la ciudad que, sea cual fuere el origen de su emblema, no le dejó nunca, ni en sus más difíciles momentos.

Estoy seguro de que el nuevo académico va a enriquecer con sus intervenciones el saber que siempre distinguió a esta casa; y sé que su presencia entre nosotros es un motivo de congratulación para todos. Que también para él sea nuestra Academia lugar de rico intercambio de conoceres.